

## Western Hispano-Italiano

Por lo corriente, el Western europeo es identificado con la euforia hispano-italiana del género durante la segunda mitad de los años 60, ese fenómeno artístico-industrial que por doquier fue denominado Spaghetti Western. Un mote necio, despectivo y bien poco ingenioso, por cierto, pero que hoy, paradójicamente, resulta entrañable y, por ende, casi reivindicable. Tal identificación, con todo, no es gratuita. Puesto que el enorme, y bien significativo, éxito de *Por un puñado de dólares* (Sergio Leone, 1964) introdujo una manera nueva y propia de abordar el género, tan bien recibida a escala popular que desfasó por completo el enfoque previo del Western. Originando automáticamente el, en efecto, Spaghetti Western, con todo lo que comportó para las cinematografías española e italiana. Ahora bien, abordando la materia con el debido rigor y de forma panorámica, aparece la existencia de un reiterado error doble. Es decir, España e Italia no son los únicos países continentales que han cultivado el Western, por una parte, y, por otra, el Western europeo nace mucho, muchísimo antes de la sonada revelación de Sergio Leone, es decir del Spaghetti Western. Puesto que Europa produce películas del Oeste justo desde la misma época que los Estados Unidos, los mismísimos albores del cine mudo: Francia, Inglaterra, Alemania, por supuesto Italia, incluso España. Comprobable realidad ésta que, para empezar, destierra el triste tópico de que el Western europeo surge como deformación antinatural del americano.

Esta producción agoniza empero al principio de los años 30. ¿Causas?

La proverbial suma de motivos parciales, más o menos aunados. Ante todo, la brutal reacción de Hollywood contra las cinematografías extranjeras, tras iniciarse el Sonoro; acto seguido, la consolidación a finales de los años 30 de un espléndido paradigma americano de Western, en apariencia imbatible y definitivo, enarbolado por magníficos directores y actores especializados, un paradigma que además evolucionó admirablemente durante dos decenios; por otro lado, los múltiples efectos secundarios de la victoria americana en la segunda guerra mundial, que acaso desaconsejaron a las cinematografías europeas abordar un género localizado en el pasado del país vencedor, un poco por prudencia y un mucho por respeto.

Por consiguiente, los westerns europeos producidos a lo largo de los años 30 y 40 son tan escasos que pueden contarse con los dedos de una mano. La situación cambia, no obstante, a mediados de los 50. Sin convicción propia en Italia, pues de momento prefiere la parodia. Con decisión en España, mediante la traducción cinematográfica, por parte de Joaquín

Romero Marchent, del éxito máximo de la literatura popular del Oeste, *El Coyote*, creado por José Mallorquí en plena posguerra. Todavía con mayor firmeza, entrando los 60, en Alemania, gracias asimismo, significativamente, a la adaptación de otro exitoso ciclo de novelas populares, en este caso las consagradas por el escritor Karl May al heroico tándem formado por el indio Winnetou y el blanco Old Shatterhand.

Se allanan, así, los senderos que ocupará triunfalmente el Spaghetti Western hispano-italiano. Un *boom* que, con todo, no puede enfocarse aisladamente, porque forma parte de un contexto bien preciso. Se trata del cine europeo de género nacido a mediados de los años 50, a raíz del desgaste, en todos los sentidos, que estaba sufriendo el patrón americano. El Terror, el Thriller, la ciencia-ficción, las aventuras, el Western... empezaron a experimentar una remodelación europea a gran escala, reinterpretados desde una mentalidad y cultura propias. Remodelación cuyo magnífico resultado llegaría a calar en el propio Hollywood. El Gothic de Terence Fisher, el Polar de Jean-Pierre Melville y el Western de Sergio Leone representan los gloriosos ejemplos cardinales, interconectados, lógicamente, mediante sustanciosas analogías de toda laya.

Cuando Sergio Leone aborda *Por un puñado de dólares*, no menos de treinta westerns europeos circulan ya, así, por las pantallas europeas. Entre ellos, sobresalen los dirigidos por el antedicho Joaquín Romero Marchent, sobre todo *El sabor de la venganza* (1963) y *Antes llega la muerte* (1964), al brindar, tal como revelan ahora, un loable puente entre la tradición americana del género y el radical replanteamiento de Leone. Empero, el estruendoso triunfo del antedicho film de Leone reconfigura por completo, repito, el panorama del Oeste europeo. Estableciendo un punto y aparte en el decurso del Western continental, del Western en general, del cine de género, del cine mediterráneo, del Cine. Puesto que todos los westerns anteriores, pero lo que se dice todos, habían respetado la normativa y los axiomas del referente americano, tanto en el aspecto conceptual y ético como en las determinaciones técnicas y los procedimientos narrativos; sin ir más lejos los antedichos de Joaquín Romero Marchent y las adaptaciones de Karl May, hartamente respetables en las primeras entregas, a cargo de un director a reivindicar desde ya, Harald Reinl. Sin embargo, Sergio Leone en este su primer western reinventa el género, de modo aún titubeante, antes instintivo que reflexivo. Y define perfectamente esta reinterpretación en su siguiente película, la genial *La muerte tenía un precio*, ratificando a quienes, desde entonces, representan la mayor estrella filmica de los cuatro últimos decenios, Clint Eastwood, y el músico de cine más popular de todos los tiempos, Ennio Morricone. El Spaghetti Western,

en consecuencia, explota.

Sergio Leone establece pues un nuevo patrón estético, y lo hace mediante una simbiosis de referentes culturales y formales que sólo puede tacharse de brillante. Por un lado, el Western americano proporciona el marco histórico-geográfico, la imaginería y la iconografía, las propiedades del género. Del mismo modo, el cine japonés aporta su ceremonioso 'tempo', así como su valoración del silencio y los sonidos, sean naturales o producidos por el hombre. La mentalidad mediterránea, por último, añade componentes característicos: la picaresca, la brutalidad, la mugre, el sudor, el pitorreo, la rapacidad, el egoísmo, el anticlericalismo, la codicia, el hombrismo, la misoginia, *il rispetto*, *la vendetta*. Leone, palpablemente, enriqueció esta base en sus siguientes westerns a la luz de nuevas inquietudes (la reflexión histórica, la parábola psicoanalítica, el desencanto ideológico). Sin embargo, todo el posterior Western hispano-italiano, apartemos ahora las otras muestras europeas del género, está determinado, en mayor o menor medida, por tan brillante concepción ecléctica. Lo cual no implica que todas las películas del género fueran simplemente miméticas, o que, "vista una, vistas todas", tal como criticaron en su día los detractores. Al contrario, entre el aluvión de películas desatadas por el triunfo de Leone, deben apreciarse el enfoque a la par cruento y sarcástico de Sergio Corbucci, la gravedad y el prurito psicológico de Tonino Valerii, el brío revolucionario de Sergio Sollima y la sana ironía de Duccio Tessari, así como algunas aportaciones de Giulio Petroni y Enzo G. Castellari, en la misma medida que ciertas contribuciones de cineastas que, al contrario que los anteriores, no se especializaron, principalmente Giulio Questi, Giorgio Capitani y Antonio Margheriti. Respecto a cineastas españoles, sobresale, aparte de Joaquín Romero Marchent y ciertas contribuciones de su hermano Rafael, Eugenio Martín mediante su espléndido *El precio de un hombre* (1966), *rara avis* de spaghetti western adaptado de una novela americana, *Asesino a sueldo* de Marvin H. Albert.

Si de intérpretes hablamos, además de Eastwood están asociados con el Spaghetti Western otros americanos importados por Leone (Eli Wallach, Lee van Cleef, James Coburn) o por otros cineastas (Richard Harrison, Craig Hill, Robert Wood) así como muchos europeos. Fuera de España, Giuliano Gemma, Franco Nero, Gianni Garko, Klaus Kinski, Anthony Steffen, Terence Hill, Bud Spencer, William Berger, George Hilton y Peter Lee Lawrence, principalmente, amén de numerosos secundarios (Mario Brega, Benito Stefanelli, Federico Boido, Nello Pazzafini, Dan van Husen, etc). En España, con entidad coprotagonista descuellan Fernando Sancho y Eduardo Fajardo, pero en roles de reparto rozan la ubicuidad

Frank Braña, Tito García, Luis Barboo, José Manuel Martín, Ricardo Palacios, Cris Huerta y, sobre todo, Aldo Sambrell.

Almería, con su sobrecogedora geología, representa el espacio por definición del género, pero también contribuyeron otras localizaciones españolas (sobre todo La Pedriza y Colmenar Viejo, al norte de Madrid) e italianas (Manziana, cerca de Roma). Aquí radica, por cierto, otra diferencia notable con en Oeste *made in Hollywood*: en los westerns americanos predominan los paisajes majestuosos y los colores básicos son el verde de la hierba y el azul del firmamento y de los ríos; en cambio, el Spaghetti Western enfatiza los lugares que expresan aspereza, sequedad, desolación, hostilidad, recalando la tonalidad marrón de la tierra yerma. De todos modos, la valoración de la violencia sin duda representa el factor más llamativo, a fuerza de evidente, del Spaghetti Western, no en vano los detractores lo convirtieron en el “caballo de batalla” de sus invectivas. Ahora bien, la violencia en el Spaghetti Western, obviamente me refiero a las mejores muestras del género, dista de ser soez y efectista, sin más. Por el contrario, encierra un sentido, consistente en reflejar una angustiada crispación psicológico-existencial, un mundo en perpetua y horrible inseguridad, dibujando así el paradójico sentido último del género: la muerte (re)anima. Puesto que el Spaghetti Western plasma su convulsa y desoladora visión de la vida privilegiando la estética sucia de su particular *dramatis personae*: hombres carismáticos, lacónicos, independientes y viriles dirimen violenta y radicalmente unos conflictos salvajes. Tal como resumió Lino Micciché: “su tabla de valoración es del dinero, que es lo único que ofrece y garantiza una seguridad incontestable; su medida operativa es la eficacia, ya que la realidad no perdona errores; su canon existencial es un gran amor por sí mismo, visto que nadie ama a su prójimo”.

Despreciado en su día, con excepción de unos sectores críticos contados (que no eran ni españoles ni italianos, significativamente), el Spaghetti Western disfruta, por fin, de la merecida revalorización, desde los últimos quince, veinte años, y la bibliografía a favor, los ciclos temáticos, crecen y crecen. Cineastas hartos relevantes (Francis Ford Coppola, John Carpenter, Steven Spielberg, Martin Scorsese, John Milius, Sam Raimi, Alex Cox, etc) declaran su debilidad por este tipo de Western, y consideran a Sergio Leone como uno de los grandes del Séptimo Arte. Si bien esta reivindicación sin duda alcanza una de sus cimas cuando Quentin Tarantino afirma que, en su opinión, *El bueno, el feo y el malo* (Sergio Leone, 1966) es la mejor película de la historia, agasajándola en el desenlace de su *Reservoir Dogs* (1991). En cualquier caso, todo aprecio por el Western hispano-italiano pienso que

debería, como premisa, suscribir la siguiente afirmación de Leone: “La dimensión última del Western no les pertenece a los americanos, sino a todo el mundo. El Western es una fábula universal, filtrada por la cultura de cada uno”.

**Carlos Aguilar**, agosto 2008.